

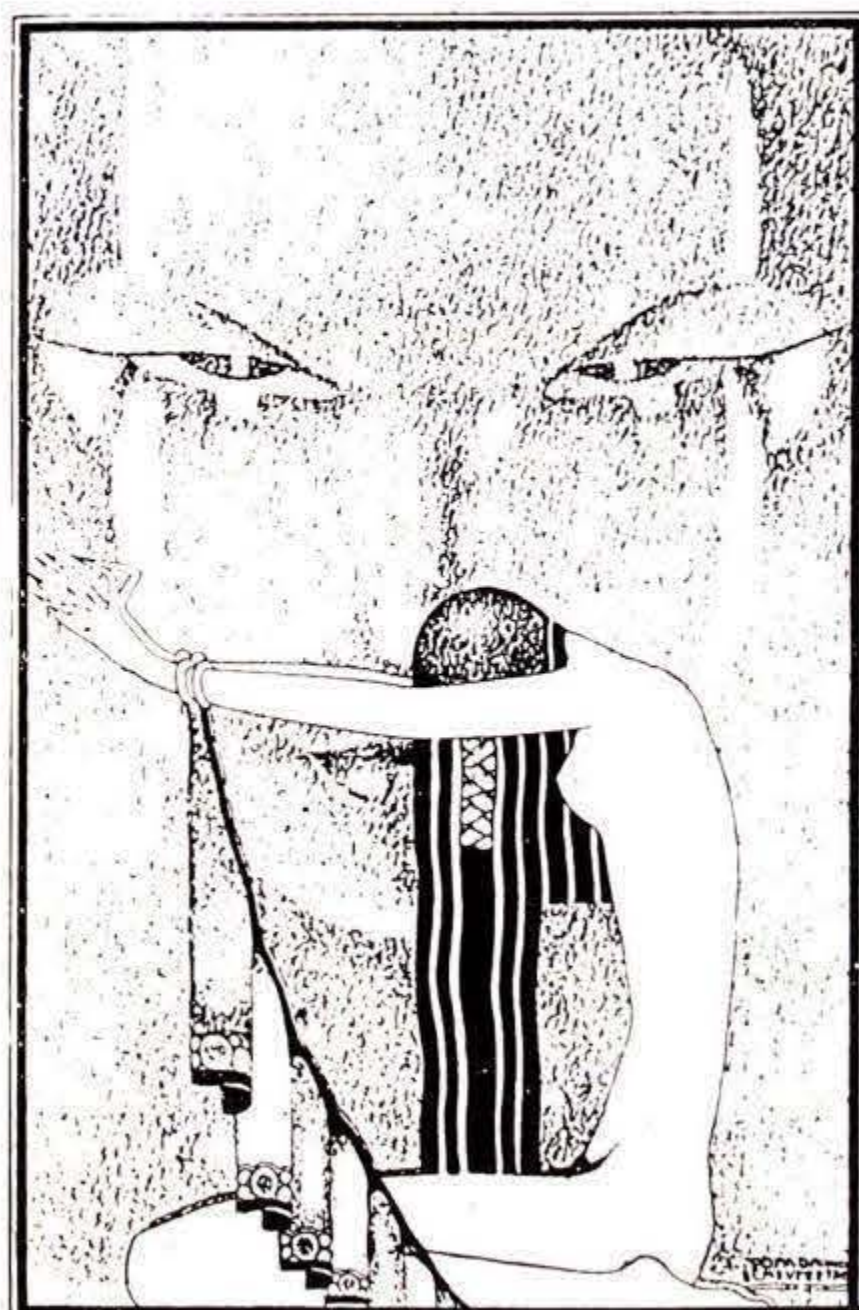
los tiempos de Esopo. No parte este comentario de la creencia en el "progreso" del arte: las formas cambian, se acogen a la tradición del pasado, instauran nuevas pautas; la objeción está en que asimilar los cánones sin un aporte propio resulta anacrónico y simplista. Cuando se ha advertido que muchos autores colombianos — Jairo Aníbal Niño, Pilar Lozano, Fanny Buitrago — exploran nuevas posibilidades para llegar al público infantil, proponen valores que alimenten una tradición propia en un género que empieza a desarrollarse, es sorprendente hallar que un premio nacional de literatura infantil (Raimundo Susaeta 1987), se haya otorgado a una obra que si, por una parte, está (obedientemente) bien escrita, por otra, en nada enriquece dicha tradición.

En la fábula, la aventura en la acción no es el elemento esencial: se trata más bien de provocar una aventura moral que oriente el comportamiento del lector. ¿Pero hacia dónde se le conduce? Si se persigue a la tortuga de Lobo Amaya, se va a la moraleja del deber cumplido. Ella, junto con sus hijos, se dirige al bautizo del oso juguetón y llega puntual porque, contrariamente a los otros animales (la zorra, la urraca, el gato), emprende el camino con anticipación, sin entretenerse en juegos o conversaciones. Pienso, por comparación, en la elefántica Margarita de *Rosa Caramelo* (Editorial Lumen, 1976); en ese animal de color gris y no rosado como el de sus congéneres: en la "desobediente" Margarita que prefiere revolcarse y divertirse antes que cuidar sus vestidos y comer las flores que la volverían rosada. A diferencia de *La tortuga desdentada*, *Rosa Caramelo* pone en cuestión las arbitrarias coordinadas culturales que limitan el ludismo infantil.

Lo que sucede en la obra de Lobo Amaya es la prolongación de los lineamientos éticos que preservan un abstracto sentido del orden. Las propuestas de Celso Román y Roberto Rubiano, en cambio, apuntan hacia la transformación de los valores, aspecto que hasta ahora he abordado en el plano estético. En el ético, cada uno de ellos, partiendo del esquema

maniqueo del relato infantil, enfrenta instancias que se relacionan directamente con nuestro presente. Pese a los niveles de fantasía que están en movimiento, la aventura de los artistas, del detective y la de Rosendo, tienen que ver con la época actual: en ambos hay una preocupación por lo social (los personajes de Román, por ejemplo, son de extracción popular o campesina) y una intención de cambio. El enfrentamiento que se lleva a cabo en *Una aventura en el papel* es el de la libertad imaginativa y el de la libertad individual contra las tendencias represivas encarnadas en el militar mítico; así mismo, se presenta al poder como una fuerza artificial y frágil sustentada, más que por el anciano, por aquéllos que están a su servicio. Igual ocurre con *El maravilloso viaje de Rosendo Bucurú*: allí la lucha contra la ambición es realmente la entablada entre el concreto (los hombres de la ciudad) y la naturaleza. Junto con el estímulo de la imaginación del lector, Román busca que este establezca una comunicación efectiva y práctica con lo "no humano"; que respete, proteja y valore un espacio en vías de extinción.

ALICIA FAJARDO M.



Los sueños juegan en serio

El maravilloso viaje de Rosendo Bucurú

Celso Román

Carlos Valencia Editores, Bogotá, 1988.

97 págs.

No es forzoso que los hombres se entreguen a la maraña de condicionamientos de la vida cotidiana. Aquella exigencia que nos sitúa frente a las cosas como meros espectadores que han de aceptar, de grado o por fuerza, cada acontecimiento, tiene su contraparte al alcance de nuestra mano. Los niños y los artistas son los llamados a derrotar el fatalismo que nos obliga a plantar nuestras vidas en una sola dimensión. Y cuando, como en el caso del libro *El maravilloso viaje de Rosendo Bucurú*, el arte se emparenta con la infancia, la visión de un universo ilimitado y maravilloso se nos aparece, más que clara, real.

La justicia no es asunto de la vida sino de la imaginación. Tal pareciera ser el principio rector de nuestra civilización. De esta manera el papel que corresponde al arte, a la literatura, a la ciencia, al sueño, en fin, es disipar la pesada bruma en que transcurre la existencia histórica de los hombres y asombrar con fugaces visiones de un universo luminoso, cuya imagen sólo podemos entrever en la celeridad del juego. Pero nos olvidamos de que un importante sector de la población humana, aquella que real o ficticiamente merece toda la atención y cuidado de la comunidad, no considera al juego como algo accesorio, fútil o irreal. Los niños no juegan; o mejor aún: juegan en serio. Y ninguno tan serio como Rosendo Bucurú, el hijo de Valentina y Jacinto. Nacido en un rancho campesino y acostumbrado desde siempre al trabajo y a la dificultad, emprendió un viaje fantástico guiado por un propósito: llevar a las aguas, al aire, a la tierra, a los árboles, a los animales y al hombre, hasta un lugar más allá de la ambición, a salvo de la locura y de la rabia que aprisionan y encierran toda forma de

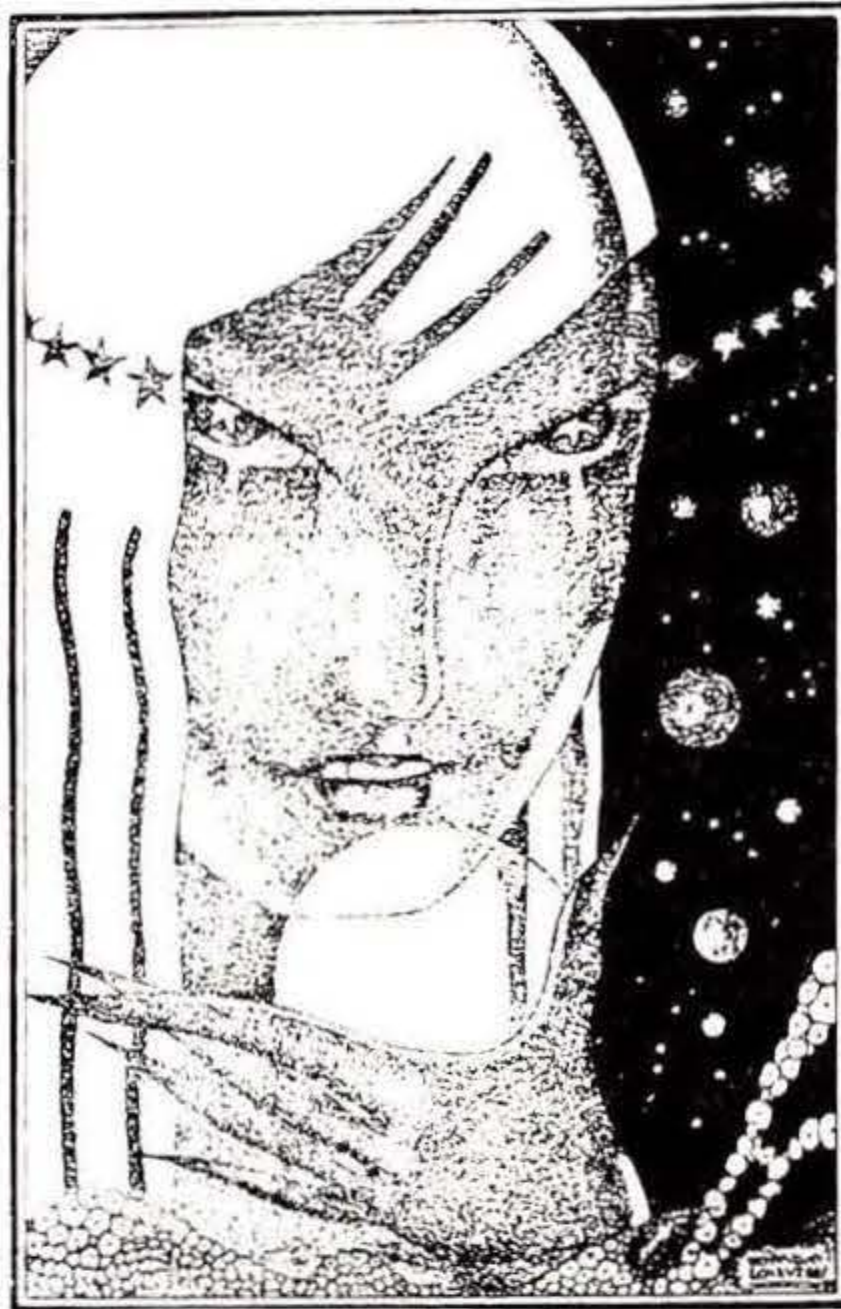
HISTORIA

vida. El relato —escrito siguiendo las pautas atesoradas por nuestra tradición, que nos ha venido sorprendiendo desde siglos con las peripecias, hallazgos, alegrías y desgracias que ha de sobrellevar un viajero hasta la culminación de su periplo— logra convencernos de su realidad, nos empuja a la aventura, nos transforma en heroicos defensores de la vida, en “caballeros en la rana verde de ojos amarillos”.

El maravilloso viaje de Rosendo Bucurú, es la última obra publicada del escritor y artista plástico Celso Román. La habían precedido *Cuentos para tiempos poco divertidos*, *amigos del hombre*, *El pirático barco fantástico* y *Las cosas de la casa*. En estos libros la fantasía del autor nos encamina desde la redefinición imaginativa y audaz de los objetos cotidianos que constituyen nuestro mundo, hasta la errancia de unos personajes que, en un lapso de tiempo definido y mágico, se proponen descubrir la clave que armonice un estado de cosas calamitoso en la realidad de los hombres. Desde aquí podemos, pues, rastrear el interés mostrado por Celso Román en los viajes fantásticos que conducen a sus héroes a la remisión y a la bondad. Profundamente pedagógica y conscientemente destinada al público infantil, la obra redescubre los ensombrecidos valores de justicia, lealtad y amor. El afán formador de Román lo lleva a abanderar la lucha abrumadora del hombre contemporáneo, que en la persona del pequeño héroe Rosendo Bucurú descende al reino de los peces, descubre el espíritu del agua, recorre el país de los árboles y de la selva, se desliza por las rutas aéreas de las aves migratorias buscando restaurar la salud y la vida arrebatada por la ambición humana. El ciclo de su historia se cierra amorosamente, en la reconquista de la armonía natural y de la libertad.

Nuestra literatura infantil se enriquece con este nuevo aporte de Celso Román, que cuenta con uno de los requisitos fundamentales exigidos a toda obra de este género —por lo demás, de altísima exigencia y dificultad—: la verosimilitud. El niño lector de nuestro país podrá encontrar en

Rosendo Bucurú y su botella de agua de panela un modelo con el cual le es posible identificarse y en cuyos viajes, venturas y revueltas le está permitido participar. Rosendo vive en cualquier lugar de nuestro territorio; su casa, sus padres, sus avatares de niño pobre están cercanos a la vida de nuestros pequeños y de sus historias personales. Ya no se trata de adivinar dónde, quiénes y cómo serán esos seres mágicos y lejanos que alimentaron la sensación de extrañeza y soledad de muchas generaciones de niños colombianos. Con Rosendo, cada cual se encontrará consigo mismo, con sus paisajes y sus palabras, con su repertorio de sorpresas y temores y, lo más importante, con una historia real, coherente, entretenida.



La primera y más importante condición exigida a la literatura y al arte se cumple así en esta obra: mostrar, compartir la experiencia de un continente novísimo e inagotable, que seduce y provoca fascinación y placer. Sin este regocijo, sin la avidez que conduce a un lector de la primera a la última palabra del texto que lo ocupa, la literatura infantil no existe, quedando en su lugar un encadenamiento de ideas descarnadas, no por bien intencionadas menos desastrosas.

RAFAEL M. MÉNDEZ BERNAL

Sólido, insípido, útil

Cartagena de Indias en el siglo XVI

María Carmen Borrego Pla

Sevilla, 1983. 556 págs.

Hay en Sevilla una escuela especializada en la confección de trabajos monográficos sobre las antiguas colonias españolas en América. Desde sus orígenes, en los años cuarenta, la escuela ha cultivado una historia institucional decorosa pero sin mayores aperturas a las innovaciones teóricas y metodológicas de otros países europeos. Sus productos, fruto laborioso de ejercicios escolares bien controlados por rígidas jerarquías universitarias, son bastante homogéneos. En líneas generales se caracterizan por una minuciosa fidelidad documental, estimulada sin duda por las riquezas del Archivo General de Indias. Cada monografía sevillana sigue el hilo y la sinuosidad de las fuentes sin hacer concesiones a la imaginación o a la más mínima audacia interpretativa. Al enhebrar cronológicamente los documentos, su forma burocrática apenas queda disimulada en el encadenamiento narrativo. El tipo mismo de documentación que alberga el archivo parece imponer una historia institucional en la que sólo tiene vigencia un problema central: ¿tuvieron éxito o no las medidas dictadas por la corona española y el Consejo de Indias en sus colonias americanas? El espíritu de la escuela parece alimentarse de la creencia de que no existe un solo problema histórico de esas colonias que no esté contenido en los expedientes del Archivo General de Indias. Al parecer, la escuela no tiene el menor interés en estimular una reflexión que vaya un centímetro más allá de las fuentes. Esta obsesión documental no tiene tiempo para descubrir los códigos mentales que yacen detrás de las fórmulas y los rituales burocráticos o para encarar algo de la vida que esas fórmulas y esos rituales podrían haber atrapado. Rigor documental y banalidad interpretativa, tales son los extremos dentro de los que se mueven las monografías de la escuela de Sevilla.